



Número 2 • marzo 2014

tiempo en la Casa

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*

La lectura

Raúl Falcó

Hermanas

Gilma Luque


Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

casa del tiempo

Raúl Falcó (Ciudad de México, 1951.) Ensayista, poeta, dramaturgo, traductor y músico. Estudió la maestría en letras modernas en la Universidad de París VIII. Ha sido director del Teatro Casa de la Paz de la UAM y de la Compañía Nacional de Ópera del INBA. Traductor, entre otros, de Klossowski, Quignard, Beckett, Ionesco, Bataille y Thomas Mann.

GILMA LUQUE (México, 1977). Estudió filosofía en la Universidad del Claustro de Sor Juana y en la Universidad de Guanajuato, y creación literaria en la Sogem. Ha sido becaria del Fonca. Su primera novela, *Hombre de poca fe*, fue editada por Mondadori.

Rector General: Salvador Vega y León **Secretario General:** Norberto Manjarrez Álvarez **UNIDAD AZCAPOTZALCO Rector:** Romualdo López Zárate **Secretario:** Abelardo González Aragón **UNIDAD CUAJIMALPA Rector:** Eduardo Peñalosa Castro **Secretario:** Gerardo Quiroz Vieyra **UNIDAD IZTAPALAPA Rector:** José Octavio Nateras Domínguez **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca **UNIDAD LERMA Rector:** **Secretario:** Jorge Eduardo Vieyra Durán **UNIDAD XOCHIMILCO Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado

Tiempo en la casa, número 2, marzo de 2014, suplemento de Casa del tiempo,
Revista mensual de la UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

DIRECTOR: Walterio Francisco Beller Taboada **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz **COMITÉ EDITORIAL:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz, María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** Rosalía Contreras Beltrán.



La lectura

Raúl Falcó

Quid dentem dente iuuabit rodere?
(¿Qué placer tendría un diente en roer a otro diente?)
Marcial (LIBER XIII, 2)

ANTE LA DILATADA Y ARDUA EMPRESA de tener que abarcar la historia del libro como un preámbulo indispensable a la de la lectura, remito al lector interesado en los diversos avatares del soporte escrito a través del tiempo y de las culturas al inquietante y exhaustivo texto de Pascal Quignard *Liber* (en *Petits traités*, Gallimard, Vol. 1). Por mi parte, yo tan sólo quisiera detenerme no en el compendio escrito, ya sea tablilla grabada, rollo dibujado o pergamino manuscrito, volumen caligrafiado e iluminado o tomo impreso, sino en el uso que se le da una vez que ha podido llegar a manos, ojos o voz de su destinatario, quiero decir de ese personaje al que tan sólo podemos referirnos como **el lector**.

Hace ya varios siglos que cuesta imaginar que durante muchos más siglos, en virtud de la carencia de ejemplares, la lectura se efectuó en voz alta para que fueran muchos quienes pudieran beneficiarse de la misma. Conviene recordar que, desde la antigüedad clásica hasta las comunidades conventuales de la cristiandad, la gran mayoría de la audiencia curiosa no sabía leer ni escribir, motivo por el cual la lectura en voz alta era la única manera de compartir el texto que el lector tenía que pronunciar ante todos. De este modo, creíamos saber junto con Borges (*Del culto de los libros*), que disponíamos del primer testimonio que consigna el asombro general ante un lector que se atreve a leer en silencio. Se trata de la descripción que San Agustín (*Confesiones*, libro VI) hace de San Ambrosio, quien leía “pasando la vista sobre las páginas, penetrando su alma en el sentido, sin proferir una palabra ni mover la lengua”. Agustín opina que su maestro practicaba así la lectura “para que nadie lo interrumpiese pidiéndole una explicación de algún pasaje oscuro o quisiera discutirlo con él, con lo que no pudiera leer tantos volúmenes como deseaba”. Añade, no sin ironía, que acaso también “leía de este modo para conservar la voz, que se le tomaba con facilidad”. En este mismo texto de Borges, dedicado a reconcentrar al máximo su inquisición en torno a los libros, era inevitable la referencia a uno de los excesos más ilustres alcanzados por la preeminencia del texto escrito: la famosa sentencia de Mallarmé que declara que “el mundo existe para llegar a un libro”. Los ecos contemporáneos de esta visión habitan las obras de Joyce y de James, aunque

su germen puede ser rastreado muchos siglos antes entre teólogos musulmanes y cabalistas judíos.

Sin embargo, es menester hacer a un lado tanto al Dios que al crear escribe al mismo tiempo el libro del universo y la Sagrada Escritura, como al poeta que ya tan sólo se dedica a tratar de fraguar la segunda, si se quiere considerar con más detenimiento la figura del lector en vez de diluirla en la del omnisciente escritor. Si tenemos la prudencia de evitar orillarnos a los linderos de lo sagrado o de lo absoluto, ¿qué caso tendrían la creación o su equivalente literario sin que, necesariamente, se dé por entendida la existencia del receptor de las mismas, o sea de esa entequeia o ente creado llamado lector? Observémoslo de más cerca.

Del mismo modo que Agustín describe a Ambrosio, Mallarmé declara que “quien lee se retrae íntegramente”. En efecto, no cabe la menor duda de que el primer rasgo característico del lector es su retraimiento, su ausencia. Está aquí, sentado al lado de nosotros, pero esta apariencia es ilusoria o, por lo menos, parcial. No está aquí. Está en otro lado. Absorto en el volumen que tiene entre las manos, sería abusivo, por ejemplo, asimilar su actitud a la del creyente que reza, puesto que no habla ni se dirige a nada ni a nadie. Tampoco se puede decir que está como soñando ya que está despierto y su concentración se asemejaría más bien a la del artesano que desempeña una fina labor con atención, ajeno a lo que pueda suceder a su alrededor. Sin embargo, no hace nada. Tan sólo lee en silencio. Pero, de repente, sonrío, o, peor, río a carcajadas, sin que nadie sepa por qué. Y, a estas alturas, a pesar de que su risa suene en el espacio compartido, inquirir acerca de su motivo, aunque tan sólo fuera en nombre de esa irrupción sonora en el espacio de la palabra articulada, negaría lo que ya fue otorgado al aceptar que se ausentará en su lectura. Infringir este pacto tácito conduce por regla general a un malestar por ambas partes: el que lee interrumpe su lectura para tratar de explicar algo que, por eso mismo, suele perder la gracia de su contexto, y al que ha preguntado tan sólo le queda la certidumbre de que hubiera hecho mejor en no reparar en esta falsa manifestación de presencia compartida. Sin embargo, sería injusto no considerar que lo contrario también sucede y que, además, suele ser más absurdo: el lector, fascinado por el interés o la gracia que le ha causado algún pasaje,

sale bruscamente de su reserva e irrumpe en el mundo del diálogo, imponiendo a los presentes la urgencia de compartir con ellos algo que, casi siempre, viene a ser tan sólo briznas de un tejido literario o conceptual, del que unas cuantas líneas leídas en voz alta tan sólo parecen haber tenido el efecto de distraer de lo suyo a quienes, justamente, se habían desentendido del lector al haberle otorgado el disfrute solitario de la sustancia de su libro. De la misma manera, es frecuente que quien haya leído un libro se afane en referir su contenido a quienes lo ignoran. Esta costumbre suele tener resultados tan contrarios a su intención que, en vez de inducirlos a desear leerlo, su esfuerzo casi siempre implicará que nadie lo hará y que la mayoría se contentará con la vaga noción que les habrá sabido transmitir la mayor o menor elocuencia de ese lector. Sin duda, es un arte referirse a un libro ya leído, de tal modo que se logre inducir en el otro el deseo de leerlo. Por eso, es difícil no pensar que, en nuestros días, si aún se tolera o, lo que es peor, de consuno se ensalza y se fomenta la lectura, es con tal de no tener que padecerla, así como se atreven a proceder muchos de nuestros eruditos a la violeta, a quienes les basta memorizar lo que han escuchado o lo que consignan las solapas y contraportadas de los libros que jamás habrán de leer.

Me temo que, entrando apenas en materia, mi improbable lector, “mi semejante, mi hermano”, ya estará pensando que exagero a tal grado que he dejado de considerarlo y que, sin sopesar las cosas justamente, empiezo a aburrirlo con trivialidades o que casi he llegado a asimilarlo a esta generación de “lectores” que, en el mejor de los casos, adquirirán en un aeropuerto un libro recientemente premiado para enfrentar la angustia de los tiempos muertos del trayecto o de las vacaciones. Básteme mostrarle mi respeto al asegurarle que la evocación de estos usos y costumbres que hoy nos circundan tan sólo ha sido un proemio en esta indagación, aunque tampoco pueda asegurarle que no me vea orillado de nuevo a algún otro dislate de esta índole por motivos tan vanos como la tentación del contraste o la mera indignación.

Volviendo pues al **Lector**, esencia de todo lector, quiero recalcar que la extrañeza ante el lector silencioso es mucho más antigua y menos respetable que la que Agustín nos refiere. En *Las ranas* de Aristófanes, el dios Dionisio entra a escena, con un libro en las manos (se trata

de *La Andrómeda*), que lee en silencio y que le produce una notoria excitación sexual, mientras se niega a leerlo en voz alta para que el público pueda escucharlo. El respetable no puede contener su risa ante lo que ellos seguramente percibían como una caricatura del autismo de la mente, o sea ante la imagen de lo que hoy identificaríamos de buenas a primeras como un intelectual. Para ellos, un loco. Un misántropo. Esto, que provocaba la risa de los atenienses, se convirtió en un modelo a seguir muchos siglos más tarde. Pero, como se ha dicho, esta práctica nunca ha dejado de provocar, entre aquéllos que la lectura silenciosa excluye, una gama de sentimientos que van del desdén a la burla, sin pasar por alto su posible origen en ese nerviosismo del que son presa tan fácil e insistente los niños cuando un lector pretende ignorarlos.

Por esta razón, quienes realmente se entregan a leer se saben sustraer y se aíslan en alguna habitación solitaria o se juntan entre ellos en las bibliotecas, que son lugares donde tan sólo se comparte el espacio del retraimiento, a diferencia del mundo en el cual éste sólo es frágilmente tolerado y fácilmente menospreciado, violado o reprimido por ambas partes. La lectura integral, algo así como la lectura en sí misma, tiende pues a revestir las características de un acto culpable, si no es que peligroso: viene a ser socialmente antisocial y puede desencadenar desde la agresión generacional hasta la violencia intercultural. Tanto el retraimiento entre los semejantes como la indiferencia ante las urgencias de la infancia aún analfabeta se tejen con unos mismos hilos originarios que hay que empeñarse en deshebrar si se quiere vislumbrar un poco mejor la naturaleza de su trenzado.

Para ello, puede resultar elocuente el caso en el que la lectura, de un modo similar a la reacción que suscita entre los infantes, por ser algo incomprensible, termina provocando de manera paradójica una cadena de lecturas equivocadas. En la *Instrucción del Inca Don Diego de Castro, Tito Cusi Yupanqui, para el muy ilustre Señor Lic. Lope García de Castro*, redactada por el Padre Marcos García hacia 1568 en Vilcabamba, el Inca hace cuenta de las vejaciones y agravios que padeció su padre Manco II, habla del sitio del Cuzco y describe la organización del nuevo estado incaico de Vilcabamba. Amén de giros y frases seguramente surgidos de la pluma del Padre, hay atisbos genuinamente indígenas, como aquél en que, para describir a los conquistadores, dice que “eran hombres barbados que hablaban a solas con unos paños blancos”, para decir que leían libros. El Inca no puede “leer” que los españoles leían, aparte de que seguramente musitaban entre labios aquello mismo que leían. Del mismo modo, pero con trágicas consecuencias, el primer encuentro entre los conquistadores y los Incas se cifra en un equívoco de esta índole. Pizarro y el Inca Atahualpa se encontraron en Cajamarca el 15 de noviembre de 1532. Por medio de un intérprete (Felipillo), hablan el Inca y Fray Vicente de Valverde, capellán del ejército español. Éste, con una cruz en la mano derecha y un breviario en la izquierda, lo conmina a adorar a Dios, a la Cruz y al Evangelio “porque todo lo demás es cosa de burla”. Atahualpa responde que él “no adora sino al Sol que nunca muere y a sus dioses que también tiene en su ley”. Luego preguntó el Inca a Fray Vicente quién le había enseñado la doctrina que predicaba. A estas palabras, respondió el fraile que

lo decía el Evangelio. Atahualpa pidió entonces el libro diciendo: “Dámelo a mí, el libro, para que me lo diga”. Acto seguido, lo abrió, lo hojeó y se lo acercó al oído. Dijo luego: “No me lo dice, no me habla a mí el dicho libro”. Y, como describe Guamán Poma de Ayala, “con grande majestad, echó el libro de las manos”. Este gesto blasfematorio para la fe ibérica propició la señal de ataque de los conquistadores, quienes hicieron prisionero al Inca, tras acabar violentamente con todo su



séquito. De nuevo, invocar la lectura, en este caso de la escritura de la verdad evangélica, produce dos “lecturas” erróneas. La del Inca es más que comprensible en el seno de una cultura que alcanzó grandes niveles de desarrollo y de organización sin haber nunca requerido para ello, hasta donde sabemos, de la invención del signo escrito, y la de los españoles que, al interpretar el gesto altanero de Atahualpa como un desprecio consciente y abiertamente provocativo, lo usan como pretexto para exterminar a su gente y apresarla, sin considerar, o aprovechándola para sus fines, la evidencia de su total extrañeza ante esos “paños blancos” y mudos.

Otro ejemplo de “lectura” desplazada, aunque esta vez tan sólo a medias, pero no por ello de menor poder revelador, nos lo brinda de un modo que confieso referiré de manera un tanto especulativa, el encuentro entre los doce franciscanos enviados a la Nueva España en 1524 y los sacerdotes y señores mexicas que los recibieron, sobrevivientes del holocausto de la gran Tenochtitlan. Transcrito años después en náhuatl y castellano en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, gracias al testimonio de algunos viejos informantes que lo presenciaron, por Antonio Valeriano y Alonso Vejarano, sabios y letrados de alta alcurnia indígena, tutelados por su maestro fray Bernardino de Sahagún, en un volumen intitulado *Coloquios de doctrina*, confiscado junto con su magna obra, la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, y rescatado a principios del siglo xx en los archivos reservados de la Biblioteca del Vaticano, este texto nos muestra la misma postura evangelizadora “al pie de la letra” de los frailes franciscanos, apoyándose siempre en la revelación de las Sagradas Escrituras, frente a la resistencia de los mexicas, aún fieles a las enseñanzas y creencias heredadas de sus antepasados, a pesar de hallarse ya para esas fechas en un estado de total derrota e inevitable vasallaje ante los conquistadores. Resulta casi conmovedor el empeño que los naturales del valle de México ponen en defender y detallar sus creencias ante el reiterado embate ideológico de los frailes, que se niegan a invocar el peso de la victoria total de sus armas antes de agotar los argumentos de índole religiosa. Desgraciadamente para nosotros, ávidos lectores, se han perdido los capítulos en los que se detallaba seguramente la manera en que los sacerdotes mexicas claudicaron frente el discurso de los frailes.

Pero, ante el orgullo del que los mexicas hacen gala en los primeros capítulos a pesar de la situación *de facto* en la que se encuentran, es difícil resistir la tentación de formular una hipótesis que, por cierto, se yergue como la contraparte del episodio de Atahualpa. Una y otra vez, dichos sacerdotes y principales niegan con su propia fe los argumentos de la verdad revelada en las Sagradas Escrituras que los frailes les oponen para convencerlos de que han sido víctimas del demonio y que sólo él, tal y como se revela en dichas Escrituras, es quien ha urdido los engaños que los han convertido en esclavos de la idolatría y de los horrores sacrificiales exigidos por sus dioses falsos. Me atrevo a imaginar que, hartos de tan obstinado rechazo, se les ocurre a los franciscanos acercarlos el volumen que uno de los doce trae en las manos y, con ánimo de demostrarles lo que afirman, abren el libro y les muestran el texto cuyos enigmáticos signos consignan esa verdad revelada que ellos han venido a anunciarles. Imagino y no puedo dejar de escribir para ti, lector, si es que sigues aquí, el estupro de sacerdotes y principales ante el aspecto de nuestra escritura fonética, impresa en un modesto volumen cosido y empastado en pergamino, tan distante de la “escritura” pictográfica de sus códices y monumentos, al grado de que no pueden ya disimular, a pesar de los estragos de la derrota militar recién sufrida y de la resistencia de sus corazones, su aterrado asombro ante la evidencia semiótica de otro sistema simbólico, acaso más poderoso que el propio y, al fin y al cabo, como lo demuestra la historia evangelizadora de la primera mitad del siglo xvi en la Nueva España, más eficiente que espadas, cañones y arcabuces. Obviamente, las culturas mesoamericanas “escribían” y “leían”. Por tanto, esta suerte de escena primitiva de la conversión religiosa de la Nueva España es plausible, porque, al significar los vencidos su mundo mediante figuras, signos y numerales pintados o esculpidos, es impensable que con sólo verlo no se les impusiera el inmediato reconocimiento de otro orden simbólico, implicando necesariamente que, por no ser el signo escrito un misterio incomprensible para ellos, empezó a perfilarse, entre su fascinación y su silencio, el horizonte inevitable de un orden nuevo. Por ello, el intervalo de tiempo, la diferencia de lenguas y los vericuetos del aprendizaje que requirió semejante asimilación le otorga un espacio puro a la afirmación palmaria de que lo impreso en cada página de ese breviario desgastado que traían los

A mediados del siglo XVII, Claude de Marolles razonó que la pasión de leer implica un peligro mortal para el alma del lector, ya que dicho peligro reside en que la lectura puede producir un raptó del alma, o sea un camino de perdición a los ojos del Creador.

doce, entre sus pobres pertenencias, junto con algún crucifijo y uno que otro rosario, en esa tarde de 1524, se adueñó, simple y llanamente, del espacio reservado a la verdad.

Hasta hoy se seguirían rompiendo lanzas enconadamente por querer sopesar si se trata de una lectura acertada o equivocada, siendo que basta acaso que sea verosímil. Pero de lo que no cabe duda es de que los vencidos fueron aprendiendo a leer este nuevo código y de que los más preclaros entre sus vencedores transcribieron a éste la lengua y los signos que aprendieron a su vez a leer, guiados por ellos, en sus códigos y en su palabra. En todo caso, para nosotros, el hecho de atrevernos a “leer”, ni siquiera entre líneas, el probable episodio de una lectura incapaz de leer la letra de lo que afirmaban los detentores de su verdad escrita, tan sólo pretende justipreciar la fascinación producida por el signo escrito en quien, apenas lo ha reconocido como tal, ya se sabe incapaz de ignorar o negar su existencia y, por ende, de escapar a su influjo.

No de otro modo, Cervantes, quien no siempre atendía a lo que se le decía, “leía aunque sea los papeles rotos de la calle”. O, de manera muy similar, el emperador Juliano, durante el sitio de Lutecia, con el fin de no dejar de leer una sola noche, “había mandado disponer una cubeta llena de agua, colgada de un sistema de poleas entre su cabeza y la cabecera de su cama. Cuando, presa del sueño, empezaba a cabecear, el agua de la cubeta se vertía y despertaba de golpe al emperador para que pudiera proseguir con su lectura” (Pirrón, *La corteza del hombre*). De la captación que producen los signos en quien los lee y los escribe (y si los escribe es porque los lee) a la fascinación que conduce al vicio y a la adicción, tan

sólo hay un paso obvio y, al mismo tiempo, tan difícil de definir como el que separa al botón de la flor. Sin duda, es impensable un escritor que no sea antes que nada un lector y su empresa otro modo de leer, leerse y darse a leer. Pero también existe (o existió) esa raza secreta de los que no escribieron y que, sin embargo, se pasaron la vida leyendo, entregados a esa suerte de estupor que produce la lectura, para terminar desapareciendo, a menudo aún en vida, finalmente disueltos en esta pasión y preservados gracias a ella por el olvido. Tan grandes pueden llegar a ser los estragos de este vicio que, a mediados del siglo XVII, Claude de Marolles razonó que la pasión de leer implica un peligro mortal para el alma del lector, ya que dicho peligro reside en que la lectura puede producir un raptó del alma, o sea un camino de perdición a los ojos del Creador. Y esto, de tres maneras o vías diferentes: por vía de castigo, por vía de seducción y por vía de corrupción. La primera corresponde a la curiosidad indecente y hasta frívola a la cual cede el lector ocasional. La segunda se expande en ese tiempo imaginario que agota la temporalidad del tiempo. El lector prefigura la condición del infierno al padecer, seducido, la errancia de libro en libro. La tercera vendría a ser la resultante de las dos primeras ya que el lector terminaría por perder su identidad, presa de la falsedad y la corrupción, al grado de confesarlas y desearlas, muriendo en una reprobación sin fin. Quédenos de estas austeras y hasta siniestras consideraciones la importancia acordada al vicio de leer y su familiaridad con esta muerte anónima del olvido que, para un creyente, tan sólo pueden infundir rechazo y condena. Sobre este último punto, Diógenes Laercio, mucho más distante de nosotros pero

acaso moralmente más cercano, nos refiere que “Hécato y Apolonio de Tiro dicen que Zenón le preguntó al oráculo a qué debía dedicar su vida, a lo que el dios le respondió: ‘Debes volverte del color de los muertos’. Entendió. Se dedicó a leer a los autores antiguos”. Si la letra escrita y su extraña duración en el tiempo colindan por contraste con la muerte, tanto porque el lector mortal ya muere un poco al leer, como por el hecho de que las mismas lenguas mueren, no sería exagerado situar al libro y a su lector en una suerte de limbo en el que el sueño de la vida y la muerte de ese sueño se nutren incesantemente de su indivisible reciprocidad. Una muerte en vida y una vida más allá de la muerte. Una patria hecha de exilio, una soledad compartida y un diálogo en silencio.

Es un lugar común de todas las literaturas equiparar el espacio literario al de la tierra perdida o al del tiempo pasado. No lo es aplicar estos mismos términos a la lectura, acaso porque se consideran implícitos en la primera afirmación. Sin embargo, siguiendo en esto a Marolles, o la errancia del lector de libro en libro es producida por la naturaleza misma de los libros, hechos justamente de errancia y exilio, vampirizando de esta manera a sus víctimas, o esta condición de “muerto en vida” del lector, si bien se nutre de la sustancia de los libros al entregarles la propia, también late y respira en este mundo, saliendo y volviendo a él como se suceden el sueño y la vigilia, alternando el pulso de hechos y libros, entremezclándolos de modos tan diversos como lo son cada época y cada lector. Así, por ejemplo, ante la afirmación de Cicerón que declaraba que la lectura era el alimento del exilio, Varrón replicaba con contundencia que era su país. Y quizás ésta sea la mejor imagen de la patria del lector: la lectura es el país de su exilio. Cada lector ha de vivir con este exilio a cuestas, doble víctima de la condición que lo ha orillado a pertenecer a esta patria. Por un lado, primero la curiosidad y muy pronto el aburrimiento lo han llevado a leer, pero, por el otro, la existencia de un aburrimiento que conlleva todo lo que atañe al lenguaje termina por no dejarle otro recurso que leer para matar el aburrimiento.

Encerrado en esta contradicción, se convierte en algo así como un cazador sin presa, agobiado por la voracidad del hambre de quien no padece hambre.

A estos extraños avatares conducen los hilos que se desprenden de la figura del arquetípico lector encadenado a su lectura, como un Prometeo sin rostro anclado a la roca de su inevitable adicción. Pero, no sólo el vicio lo reduce a esta condición. De igual modo puede devorarle el hígado la distracción que, en el lector, viene a ser un signo de seria depresión si no puede llegar a concentrarse en su lectura, aunque no deje de volver a intentarlo una y otra vez con la misma tenacidad que lo corroe, o la ambigua simulación de quien quiere retraerse del mundo, aparentemente absorto en su lectura, pero que no puede dejar de abandonarla una y otra vez para echar un rápido vistazo a su alrededor, víctima temerosa o frívola de la convicción de ser mirado sin saberlo. Añádanse a esto los casi picarescos personajes que leen moviendo los labios como si hablaran en voz alta, si no es que requieren del uso del índice de la mano derecha recorriendo la línea que están leyendo para que, gracias a este recurso, no se extravíen de renglón y no tengan que volver a empezar una y otra vez la lectura de todo el párrafo, como nuestro lector habitado por su indeseable y recurrente distracción. Vistos desde este ángulo, si se quiere bruscamente pedestre, los suburbios de la lectura pueden llegar a parecer muy fácilmente una especie de vestigio rupestre tras una glaciación, sobreviviendo inexplicablemente en un mundo en el que por ello cada día abundan más las bibliotecas sin libros y los libros sin lectores.

Y, sin embargo, se sigue escribiendo, acaso porque algunos ya se atreven a pensar, con una visión de anacoretas, que cuando ya no se lea, la literatura volverá a ser apreciada. Mientras tanto y de manera inversamente proporcional, vivimos un tiempo obsesivamente dedicado a la lectura integral y comparativa de todo cuanto pueda ser asimilado o traducido a un sistema de signos: las estrellas, el café, los sueños, la mano, la química de la locura, el clima, los indicadores bursátiles, el código genético, el

alma de los glaciares, los análisis de sangre, las actitudes corporales, el tráfico, las tendencias suicidas en invierno, etc., etc... Lecturas que se sustentan en otras lecturas y éstas en otras más, hasta cerrar un círculo similar al de las definiciones de un diccionario que remiten unas a otras. Si bien no puede decirse que un libro no refiera a otro, o a todos los libros anteriores y por venir, el lector sabe o intuye que el peligro de un buen libro (de modo similar a la música) es que pueda casi tan sólo remitirse a sí mismo, dejándolo en un estado de encierro y de indefensión que su curiosidad se ha buscado a sabiendas de que corría ese riesgo, colgado al borde de ese precipicio del cual pende la roca a la que está encadenado.

Acaso éste sea el momento de aliviar un poco la opresión que encierra esta sombría y prometeica metáfora del lector, del todo occidental, ventilándola con aires orientales, no por distantes menos refrescantes. “Cao Xuequín decía que los libros purifican los oídos. Primero, los libros mediocres los purifican por su ausencia de sonido. Y los buenos lo logran, más allá de la ausencia de sonido, gracias a la fijación de una suerte de sonido que se recuerda. Este recuerdo de sonido que nos conmueve no suena. No mancilla el oído. Y la cabeza es su receptáculo” (cit. por P. Quignard, *XXVème petit traité*). Obviamente no se trata aquí del sonido que Atahualpa no podía oír al acercarse el breviario al oído, o sea del sonido de la palabra articulada, sino de un “sonido que no suena” y que, por ello, se recuerda sin que mancille el oído. Difícil pensamiento. Una referencia occidental convertiría de inmediato esta meditación serena en una explosión de ruido. La encontramos en la *Fedra* de Eurípides. Teseo lee en silencio la tablilla escrita que todavía sostiene entre sus manos el cuerpo de Fedra que viene de colgarse. La lee, sabemos que se refiere a Hipólito, pero nunca revela su contenido. El Coro y Teseo dialogan, pero lo escrito permanece callado, hasta que la escena culmina cuando Teseo exclama que lo que está escrito en esa tablilla no puede pronunciarse y tan sólo le queda desgañitarse en un grito de dolor. Muy lejos de esto se encuentra lo que

Cao Xuequín nos quiere decir. Sólo los libros que son mediocres producen el recuerdo de un sonido que no suena. En primera instancia, es notable la asimilación de la palabra escrita a su sonido. Pero, justamente, no se trata de la palabra articulada, ya que no suena, ni se pretende evocarla pronunciándola. Es más bien una sutileza del todo oriental, merced a la cual no sólo se evoca con claridad la memoria no maculada de lo que, una vez leído, perdura en ella de modo pertinaz, sino que, esperanzadoramente, nos libera de la adicción a la lectura para vivir, gracias a la memoria sabiamente nutrida del recuerdo de lo que ha merecido imprimirse en ella. Pero Cao Xuequín, ajeno a la lectura considerada como una patología, va aun más lejos. Argumenta que el hábito de la lectura, no sólo no tiene por qué engendrar una sujeción enfermiza en el lector, sino que “como la lectura es un remanso de reposo en la vida y consume poca energía, es capaz de prolongar con su propia duración la duración de la existencia” (cit. por P. Quignard, *ibid*). De un modo muy distante de las peroratas oficiales que padecemos con rutinaria insistencia, destinadas a alabar las virtudes morales y educativas del hábito de leer, este pensador chino no duda en ponderar sus beneficios al prestarle a su práctica un efecto real para prolongar la existencia. Es bien sabida la afición —o la angustia— china respecto a todo cuanto puede, tanto en el comportamiento social, sexual y religioso, como en la ingesta iniciática de ciertas plantas o minerales, contribuir a prolongar la duración de la vida humana y asegurar una longevidad vigorosa. La afirmación de Cao Xuequín, por muy sorprendente que pueda parecer a primera vista, tan sólo se inscribe en esta tradición. Pero “el remanso de reposo” y “el poco consumo de energía” ligados a la práctica de la lectura muy lejos se encuentran de los excesos que aquí han sido compendiados. Entre nosotros, en el mejor de los casos, estos conceptos tan sólo llegarían a evocar algo así como una moral del “justo medio”, imposible de cumplir cuando se trata de una adicción, cuya naturaleza misma excluye limitar el goce del lector a la evocación del placer que le

ofrecería la memoria de lo leído y, por ende, creer en la posibilidad de controlar así su afanoso ejercicio, haciendo a un lado el apremio que ejercen tanto la promesa que guardan los volúmenes aún no leídos como la insistencia de los que claman por volver a serlo.

Ignoro de qué beneficio podrán ser estas consideraciones para nosotros, al cabo víctimas del rapto mudo de la lectura, sin duda ligado al nacimiento de la escritura misma, puesto que escribir en silencio y leer en silencio vienen a ser comportamientos íntimamente hermanados. Para quien escribe, la necesidad de callar rige lo escrito y se consume en la emoción de leer. Acaso muy cerca de lo que Cao Xuequín quiere decir, la voz de la escritura es tan íntima que no puede ser proferida con la voz en el aire. Por eso, sólo el lector silencioso es quien puede escuchar esa voz que no suena.

Una ilustración elocuente de esta condición se encuentra ejemplificada en la del traductor. He aquí a un lector-escritor quien, flotando sobre el abismo de silencio que separa a dos lenguas, lee lo escrito para escribir, en el vuelo del rapto silencioso de ese sonido primero, su lectura transportada a la escritura de ese silencio en otra lengua. La experiencia fundamental de cualquier traductor que se respeta es la de haber renunciado muy pronto a la posibilidad de apoyar su labor en la preexistencia de una equivalencia entre las lenguas. Semejante idea es tan sólo una falacia al servicio de la traducción utilitaria, cuya pretensión de transitividad del sentido, ignorando su inevitable querencia babélica, fue ejemplarmente descrita por Mallarmé al referirse a ese intercambio de la palabra, similar al de las monedas, que, a fuerza de pasar de mano en mano, termina por desgastar y borrar las efigies estampadas en cada una de sus caras. Traducir es necesariamente reescribir una lectura y leer por anticipado una escritura insólita en la lengua traductora, ya que el silencio que habita a la primera no existe en la segunda. Ese brinco de naturaleza inexplicable supone que, en la disponibilidad de algo que aún no se ha escrito, es posible leer, en el silencio de la lengua receptora,


algo del eco de ese sonido originario (o de su ausencia) y merecer acaso la gracia de escribirlo. No de otro talante son las traducciones memorables que registra la historia de la literatura. Pueden serlo todo, salvo registros de equivalencias literalmente transcritas. Visto desde esta perspectiva, este ámbito literario tan poco valorizado como arte bien puede asemejarse al también menospreciado de aquellos anónimos lectores que no se animaron a escribir. En ambos casos, el meollo de la intervención frente al texto escrito estriba en la lectura. La conclusión es ejemplar: no habría diferencia entre el que al traducir escribe y el que al leer tan sólo lee. Se trataría, en esencia, de un solo y mismo gesto, producido y cobijado por la escritura. Entonces, quizás leer, escribir y traducir son inseparables, si se considera que cada lengua siempre gravita con el mismo peso. Por ende, leer se anticiparía a toda palabra y traducir no sería más que leer en dos lenguas sin leer en ninguna. O, visto en el seno de una misma lengua, a un tiempo puente y abismo, escribir sería ir traduciendo lo que desea la lectura y leer equivaldría a traducir esa misma lengua propia al silencio de su insospechada extrañeza.

Sin embargo, sería injusto, querido lector, dejar que tu generoso interés en el tema se ahogue en esta suerte de punto cero de la lectura-escritura al que, a estas alturas, parece difícil poder sustraerse. Una vez más, el aire que nos vuelve a oxigenar los pulmones proviene de Oriente. Se trata, ni más ni menos, del libro acaso más notable que la humanidad haya logrado elaborar: el *I Ching* o *Libro de las mutaciones*. Y esto, por una razón muy sencilla. A pesar de la voluminosa o variopinta apariencia que tiene en sus más sesudas o vulgares ediciones, capaz de provocar igualmente el rechazo o la avidez de los compradores atraídos por la promesa de sus virtudes oraculares, sigue siendo el único libro que los siglos han diseñado, a través de muchas generaciones de transmisión oral y otras tantas de fijación escrita, para ser destinado no tanto a ser leído por los lectores, sino más bien, de manera insospechada, a ejercer su cometido leyéndolos.

Quien pregunta acerca de su ubicación particular, en un momento dado, en la secuencia de 64 hexagramas que constituyen la totalidad de las variaciones de la vida y del universo, arrojando los palillos o las tres monedas, lee, entre los textos que miles de años han ido asociando a cada uno de los hexagramas, el que corresponde a dicho momento o “mutación”. Pero, en realidad, lo que en verdad sucede es que el que consulta este libro, quien ya no puede ser asimilado a un individuo griego de la antigüedad clásica que, al acercarse al oráculo, formulaba una pregunta y recibía a cambio una palabra articulada y hermética, es en realidad leído por el libro ya que, al leer los textos que corresponden al hexagrama que le ha tocado en suerte, lo que se le da a leer es lo que el texto ha ido leyendo por generaciones acerca de ese momento. Contrariamente al oráculo de nuestra tradición clásica, de cuyas sentencias enigmáticas cada consultante tiene la pesada y, a menudo trágica, carga de tener que “leer” y tratar de descifrar la verdad de su significado, la palabra del *I Ching* lee el hexagrama que corresponde a cada consulta, cuyas características describen el momento o mutación en el que se encuentra el que quiere saber. El oráculo griego parece conocerlo todo acerca del destino particular de quien lo ha venido a interrogar y, por ello, se complace en cifrar su mensaje, retándolo a poder “leerlo” y entenderlo a tiempo, mientras el oráculo chino desprecia cualquier alusión a un destino individual y tan sólo ubica al que se le acerca en el exacto momento de la rueda de las transformaciones en el que se encuentra. Nunca se trata de “leer” adecuadamente un mensaje personal, sino de “leer” con sabiduría la manera como el libro “lee” el momento que el azar ha destinado a quien lo sondea. No sé de otro que se haya propuesto leer a los “lectores” que lo consultan como método para ser leído. También ignoro si, aparte de poder ser objeto de análisis para quien lo estudie, sea un texto que se deje leer sucesivamente sin obligar tarde o temprano al aventurado lector a rendirse ante la evidencia de que sólo cobrará sentido al ser usado como lo prescriben las

normas que lo rigen. De lo que sí estoy seguro es de que se trata del único texto escrito que le produce al “lector” la certidumbre de que, al acudir a leerlo con el afán de leerse, lo que verdaderamente puede serle descubierto, al cabo de su visita, es que existe una dimensión escrita que ha sido tramada con sumo cuidado para producir la experiencia única de que el texto escrito es el que lee al lector, revelándole que él y su momento no son más que una palabra, un verbo o hasta una frase del gran “texto” giratorio universal. Una vez más, y evocando de nuevo a Cao Xuequín, la espiritualidad oriental es quizás la que más se ha acercado a los límites de la experiencia de los nudos primigenios y extremos entre la escritura y la lectura, con la salvedad de que no podemos dejar de recordar que tan sólo la conocemos mediante el abismo silencioso de las traducciones de los lectores-escritores y de los escritores-lectores que habitan nuestras lenguas.

Por eso, querido lector, no puedo ni quiero dejarte sin reafirmar, a pesar de todo, que tu improbable y providencial existencia, más cargada de padecimientos que de parabienes, sigue siendo la única coartada de cualquier especulación en torno a la literatura y su lectura, aunque hayas consentido en prestarte, a lo largo de este recorrido, a ser el eje de cuestionamientos y paradojas ligadas menos a la devoción hacia la escritura que a las formas de su consumo. Pero, como puedes ver, al fin y al cabo, ambas perspectivas siempre tienden a confundirse, ya que, por más que se las quiera diferenciar, forman un nudo que resulta indisoluble, aunque la empresa de intentarlo haya quizás logrado arrojar una que otra luz inesperada que pudo brillar brevemente antes de reunirse de nuevo con la fuente escrita de la que emana su luminosidad.

Acaso haya habido en alguno de estos breves fulgores algo que siga estimulando tu vicio, o, por el contrario, que te confirme la evidencia de su vanidad. Ante esta aporía, creo que viene al punto la respuesta de un niño parisino quien, interrogado acerca de la naturaleza de la lectura y de los libros, sentenció con toda sencillez: “para lo que sirven los libros es para aprender a leer”. 

Hermanas

Gilma Luque

UNO

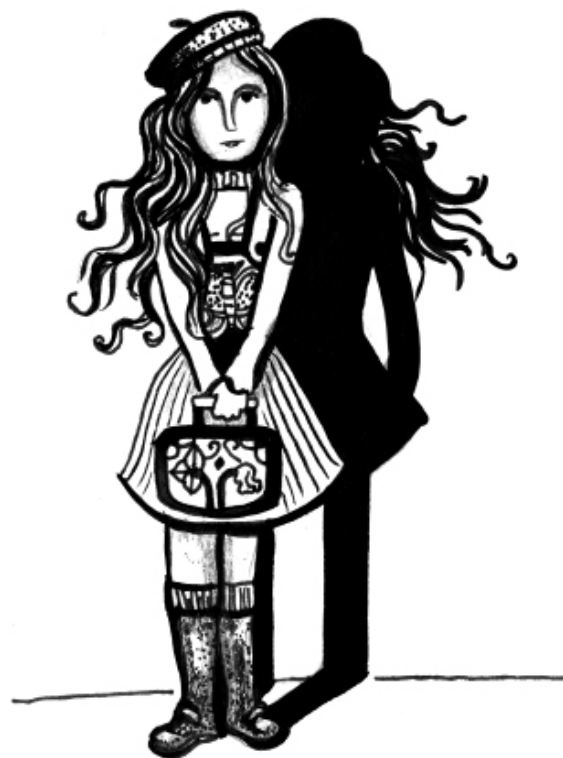
Sara siempre ha dicho que no parezco de mi edad, que seguro soy más anciana. Yo siempre respondo que no puedo ser más vieja si soy su hermana gemela. Nos queremos, por eso no me gusta que esté triste. Papá y mamá hablaron con ella. Le dijeron que si nos íbamos de la ciudad era porque papá encontró un mejor trabajo, era importante que estuviéramos unidos. Ella les dijo que yo no estaba de acuerdo, que me quería quedar, que no se iría sin mí. Recuerdo haberla mirado detenidamente, pero no dije nada. Sara acostumbra echarme la culpa, cree que soy la consentida de nuestros padres. Es verdad, papá y mamá son consecuentes conmigo, no discuten nada de lo que yo digo o quiero; y también es cierto, con quien riñen todo el tiempo es con mi hermana; digamos que es ella quien da la cara. Es más valiente, no es que yo sea cobarde, es una especie de trato entre Sara y yo. Como si hubiéramos elegido qué vivir cada quien; claro, no lo hemos hablado con nadie, es algo nuestro: un secreto. Creemos que durante el tiempo que compartimos el vientre de nuestra madre debimos tomar algunas decisiones: tú hablas, yo callo; tú reclamas, yo acepto; tú apareces, yo huyo; tú te enamoras, yo te miro desde la ventana. Así, como si compartiéramos una sola vida, una sola memoria.

Papá y mamá saben que a mí no me gusta hablar, se han acostumbrado a nuestra forma de ser. Nos respetan; a Sara y sus caprichos, su risa fuerte y contagiosa; y a mí siempre en un lugar escondido, alejado. No me gusta la gente.

Sara habla por las dos, claro, siempre me dice “¿Verdad, Aní?”, y yo siempre la miro con cariño y asiento, o voy hasta ella y le susurro que sí. Mis padres dicen “lo que digan las niñas”.

Lo he pensado mucho y lo sé: el lazo que tenemos no se podrá romper con nada. Aunque he de confesar que conforme pasa el tiempo y cumplimos años, siento que Sara se aleja, le interesan otras cosas, otras personas. A mí no, yo sólo la quiero a ella.

Casi todo lo hemos hecho juntas. Sólo hubo un tiempo durante mi enfermedad que ella debió hacer algunas cosas sola. Yo no lo recuerdo muy bien, es como si me hubieran apagado. Con la enfermedad no cambié de tamaño ni de aspecto por un tiempo; claro, un caso para ser estudiado. Eso le afectó mucho más a ella que a mí, se negaba a dejarme atrás, pero había momentos



en que yo simplemente no estaba. Ya contaré eso porque también es algo digno de contar. (Nota: mi historia en el otro lugar.) Mi hermana estaba tan triste que tuvo que ir al psicólogo, su depresión fue más grande que mi enfermedad.

Valeria, su terapeuta, sí que ha escuchado de mí. Yo nunca he ido con ella. Mis padres no lo consideraron necesario, pensaban que era más importante atender otros asuntos y quien realmente estaba sufriendo era Sara. Ella, supongo, no me perdonará nunca ese tiempo en el que casi desaparezco y la dejo sola en este mundo. ¿Qué sería de ella sin mí, de mí sin ella? No sé, pero estoy segura que eso no pasará. Ella y yo nacimos juntas y moriremos igual.

Dos

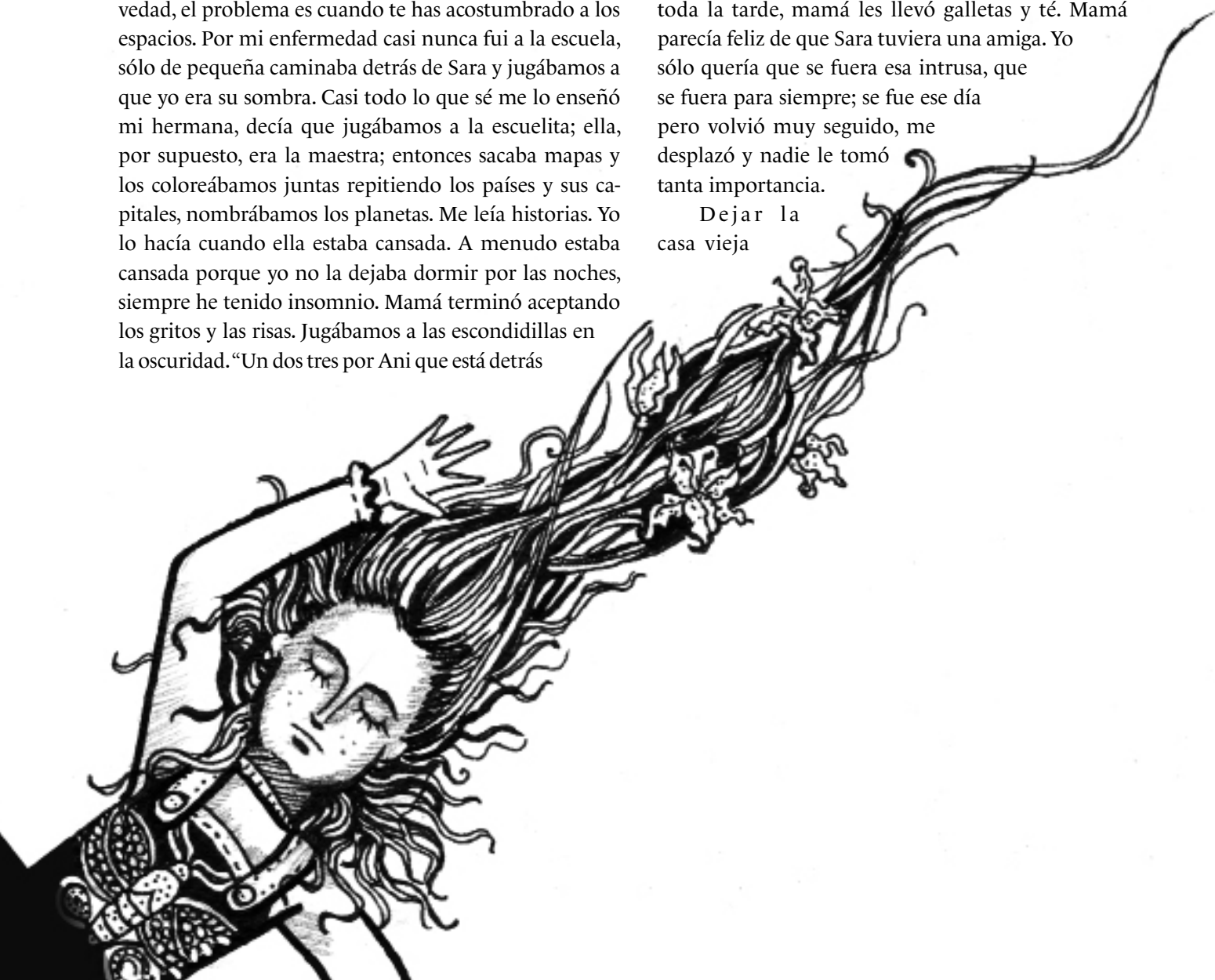
Cambiarse de casa puede ser algo maravilloso por la novedad, el problema es cuando te has acostumbrado a los espacios. Por mi enfermedad casi nunca fui a la escuela, sólo de pequeña caminaba detrás de Sara y jugábamos a que yo era su sombra. Casi todo lo que sé me lo enseñó mi hermana, decía que jugábamos a la escuela; ella, por supuesto, era la maestra; entonces sacaba mapas y los coloreábamos juntas repitiendo los países y sus capitales, nombrábamos los planetas. Me leía historias. Yo lo hacía cuando ella estaba cansada. A menudo estaba cansada porque yo no la dejaba dormir por las noches, siempre he tenido insomnio. Mamá terminó aceptando los gritos y las risas. Jugábamos a las escondidillas en la oscuridad. “Un dos tres por Ani que está detrás

del sillón”, gritaba Sara. Mamá se despertaba y nos llevaba a la cama. A Sara le ganaba el sueño, me decía que al día siguiente debía pararse temprano. Yo continuaba con los ojos abiertos y entonces la veía dormir.

Pero nada permanece, crecimos y entonces Sara ya no regresaba con papá a la hora de la comida, se quedaba en la escuela a terminar tareas o se iba a casa de algún amigo; el día para mí era eterno, por eso me enojaba con ella y ella lloraba y mamá le decía que todo iba a estar bien, que no podía pasar todo el tiempo conmigo. Valeria, a quien veía una vez por semana, también le dijo que no sintiera culpa, así era la vida y ella tenía que hacer lo suyo, y yo pensaba que no, ella tenía que acompañarme porque yo no tenía a nadie más.

Un día llegó Sara con una amiga a casa. Yo no tenía hambre y no bajé al comedor. Sara no insistió, la otra chica ni siquiera se volvió a mirarme. Las escuché reír toda la tarde, mamá les llevó galletas y té. Mamá parecía feliz de que Sara tuviera una amiga. Yo sólo quería que se fuera esa intrusa, que se fuera para siempre; se fue ese día pero volvió muy seguido, me desplazó y nadie le tomó tanta importancia.

Dejar la
casa vieja





me puso en una encrucijada, por un lado nos desharíamos de esa chica, por el otro yo tendría que aprender los nuevos espacios. A veces me sentía como parte de la casa más que de la familia. Sara habló conmigo, me pidió perdón por distraerse, me dijo que se estaba volviendo todo muy difícil, y yo no entendía por qué. “Todo va a estar bien, Ani, te vas a acostumbrar al nuevo hogar, ya no llores, déjame dormir”. No quería que durmiera, quería que me siguiera pidiendo perdón, que me abrazara muy fuerte.

La casa nueva resultó ser más grande y eso me debilitaba, y sin que fuera una casualidad a Sara también; lo mío era común, lo de ella una novedad: la palidez en el rostro, sus labios secos, sus ojeras pronunciadas. Papá y mamá estaban muy preocupados, parecía como si mi hermana perdiera la vitalidad. Mamá decía que eran todas las desveladas de estos años, pero papá refutaba: “Eso no tiene sentido”. Yo, mientras tanto, hacía lo posible por reconocer la casa, buscaba lugares soleados para reposar, un lugar donde esperar la recuperación de Sara. Imposible. Casi no hablábamos entre nosotras, ella estaba en cama, ausente, como hechizada, dormía y sólo dormía. Llegué a pensar que extrañaba a su amiga, me sentí traicionada, por eso durante la noche, cuando papá y mamá dormían, la obligaba a despertarse y a darme explicaciones. “Ani, te

lo juro, no es nada de eso, no sé qué es lo que me pasa, sólo tengo mucho sueño, siento como si hubiera corrido durante días”. Eso no me importaba, yo no me sentía bien en la casa nueva, me sentía cada vez más pequeña. Despierta, Sara, mira, ve mis manos, están más pequeñas, ¿no crees?, le decía desesperada. “No sé, Ani, yo las veo como siempre”, dejaba salir ella por sus labios partidos a penas en un susurro y sin mirarme.

Una casa nueva todo lo cambia. Papá y mamá estaban desesperados, peleaban entre sí; papá llegaba ya muy entrada la noche, y mamá sólo andaba de un lado a otro. Mandó llamar a Valeria. La nueva casa estaba en los suburbios, aún así fue a ver a Sara.

—Sara, Valeria está aquí.

Sara sonrió un poco. Yo las miraba desde el clóset donde me escondía para que nadie viera lo diminuto de mis manos, de mis piernas. No podía encontrar un espacio para mí, y Sara enferma.

—¿Cómo estás? —Preguntó Valeria con una especie de lástima que quería parecer ternura.

—Tengo sueño, mucho, no puedo abrir los ojos.

—¿Extrañas la otra casa, a tus amigos, qué te pasa? Temí que contestara que sí.

—No es eso. No sé qué me pasa, no tengo fuerzas, siento que desaparezco.

—¿Y Ana? ¿Sigues viendo a Ana? Yo quería saber qué decía ella de mí, pero algo como un globo comenzó a inflarse dentro impidiéndome respirar, ver. Sólo a lo lejos escuché la voz de Sara incrustada de tristeza:

—Ana no está, la escucho, pero no sé dónde está. La extraño.

Abrí los ojos. Yo seguía en la casa vieja, sin muebles, en la penumbra, sin Sara.